

PHILIPPE JACCOTTET. CUATRO POEMAS

Noticia y traducción: Francis Cillero.

Tiene la gran literatura el don de la longevidad. A pesar del tiempo, siempre encuentra al lector allí donde funda mitos y convierte flores en fuego. La leve y frágil poesía -de recepción más lenta, inevitablemente- tiene a su favor que perdura frente a tanta y tanta escritura prescindible, frente a los textos banales, de usar y tirar, que cosechan éxitos momentáneos.

Philippe Jaccottet, suizo, nacido en 1923, es una de las voces más personales e imprescindibles de la poesía contemporánea. Autor de una extensa obra política, ensayística y narrativa de primer orden, Jaccottet sólo ha sido traducido al castellano en una ocasión, pero, enténdase, permanece inédito en España. Su ausencia nos priva, de momento, del singular verbo que edifica sus poemas, el sonoro francés que Jaccottet escogió como lengua, un verbo que Martínez Sarrión define propio de "esos silenciosos, despojados e intensos pintores de cierta impronta jansenista".

No es banalidad ni capricho que la pintura sea útil para anunciar a Philippe Jaccottet. Sus versos, agrupados en breves estrofas, que a menudo eligen los Alpes como motivo, pero también la Provenza, presentan una imagen tras la que se esconde un misterio, lo cotidiano alumbrado por un más allá, la parte por el todo. Como en Vermeer, Jaccottet anuncia el descubrimiento del mundo, no de forma jubilosa y consumada, sino exhausta, desmayada, diríase sentimiento agotado de la búsqueda del mundo.

Porque la interrogación que Jaccottet mantiene con el mundo quiere encontrar respuestas precisamente en sus propias manifestaciones, en la desbordante naturaleza que no interroga ni presume y ante la cual el ser humano se muestra indefenso. Así pues, lo que anuncia Jaccottet no es la naturaleza, sino las palabras que permiten enunciar su existencia. Sacrificio de notable esfuerzo que permite al poeta celebrar con ímpetu la propia búsqueda, los métodos que le permiten llegar a la belleza del mundo. Una presencia, ésta de la belleza, que comparte con poetas de su misma lengua como Char o Jouve, pero que se manifiesta cercana a la expresión alemana de Rilke. La poesía de Jaccottet es necesaria porque, como todo sacrificio implica, hay más placer en la búsqueda que en el encuentro.

I

Hay una pena que envejece,
hay un frío que se extiende,
y a veces es como si además de la piel,
la piedra de los huesos tuviéramos tan sólo:
una caja de piedra con un fogón frío en el centro,
una especie de cárcel donde no se sabe
si queda alguien por liberar,
y la llave contra los barrotes
hace un ruido duro y mate.

La pena ha echado raíces con cuerdas
amarillas como la ortiga
y el rostro se ha entristecido.
Hay plantas tan tenaces
de las que sólo el fuego puede dar cuenta.

II

Edificadas en líneas de piedra
las nubes, unas sobre otras,
grácil bóveda o arco sombrío.

Podemos soportar pocas cosas,
apenas una corona de papel dorado;
con la primera espina
imploramos ayuda y nos estremecemos.

III

Esta montaña tiene su doble en mi corazón.

A su sombra me tumbo,
en mis manos acojo su silencio
para que prolongue en mí y fuera de mí,
para que se extienda, se serene y purifique.

Como de un abrigo vestido me encuentro.

Diríase más corpulenta que las montañas
y toda lámina blanca salida de su forja,
la débil llave de la sonrisa.

IV

Caminamos por sendas de montaña,
entre prados semejantes a camas de paja
por los que aparecerá el ganado de las nubes
bajo el cayado del viento.
Grandes formas caminan por el cielo.

La luz se hace fuerte, el espacio crece,
las montañas ya no parecen muros,
trazan surcos, crecen ellas también,
los grandes porteros se propagan por encima de nosotros
y la sentencia que traza el cernícalo lentamente, muy alto,
si el aire la borra, ¿acaso no es la que creemos
ya no poder escuchar?

¿Qué hemos atravesado allá?
¿Una visión parecida a una tierra azul labrada?

¿Guardaremos la huella en la espalda, más de un instante,
de este trabajo?